

## Seguramente libres

*The Private Eye* (cómic que se vende solo en formato digital y al precio que el lector quiera pagar) es una de las novelas gráficas más alabadas de los últimos años. En ella, Brian K. Vaughan y Marcos Marín plantean el siguiente futuro: toda la información que circula por internet ha quedado al descubierto. El desastre es de tales dimensiones que asistimos a un mundo nuevo. Cabe cuestionarse hasta qué punto es un planteamiento verosímil; quiero decir: el hecho de que los datos de internet quedaran destapados ¿provocaría un cataclismo social, una brecha en la historia, una explosión nuclear en el centro de nuestra vida? Pensemos: cuentas corrientes, claves de tarjetas de crédito, direcciones y teléfonos, contraseñas de todo tipo; y lo que es peor, búsquedas vergonzosas en Google, correos infieles, traiciones en mensajes de WhatsApp, conspiraciones cifradas, crímenes de estado, fotos, vídeos y todo tipo de pruebas incontestables; en definitiva, la intimidad desvelada, como ese sueño en el que uno se ve en el colegio desnudo. No es difícil suponer una sucesión de crímenes, fraudes, asesinatos, rupturas amorosas y demás desórdenes brutales, traumáticos o simplemente desdichados. Imaginemos la penosa reconstrucción de millones de vidas arrasadas y lo que aún es más complejo: la reorganización a la que la sociedad se vería forzada. ¿Qué amistades se conservarían?, ¿en qué empleado confiaría su negocio un empresario?, ¿quién se fiaría de quién? Lógicamente, habrían de establecerse nuevas formas de poder que controlaran una sociedad desquiciada. Se necesitaría una mano férrea, sólida y bien pertrechada. La amenaza del desorden justificaría su actos.

Tal vez este mañana sea poco probable o tal vez esté más cerca de lo que parece. En todo caso, no cabe duda de que, en la mente de los escritores, de los cineastas o de los dibujantes, el futuro se presenta en forma de distopía: *1984*, *Un mundo feliz*, *Fahrenheit 451*, *Matrix*, *Snowpiercer*, *Gattaca*... En todos estos ejemplos, el mañana tiene algo de pesadilla. A menudo se recrean sociedades perfectas en las que no existe el dolor y, sin embargo, esa placidez es una lámina de agua mansa que esconde un fondo de opresión y muerte.

En la película *Matrix*, el agente Smith le explica a Morfeo que el primer diseño de Matrix fracasó porque era una sociedad "perfecta". Los humanos tenían la mente conectada a una ficción en la que se recreaba un mundo sin sufrimiento; no funcionó: morían todos de una insatisfacción que las máquinas no entendían. La solución fue

crearles una copia de nuestro mundo, con su buena dosis de miseria. ¿Solo somos felices si sufrimos?, ¿distinguimos la felicidad porque existe el dolor? Puede ser, pero no es esa la cuestión, en realidad. Lo cierto es que las distopías futuristas de las que estamos hablando se repiten obsesivamente, como pesadillas de nuestro inconsciente colectivo. Tenemos miedo, sí, miedo a un futuro en el que se haya evitado el sufrimiento. Pero no por ese hecho mismo, no por una atracción mórbida hacia el dolor; lo que nos asusta, lo que verdaderamente nos parece monstruoso es que nos anulen nuestros deseos más voraces, que nos cercenen nuestras pasiones enloquecidas, que nos extirpen nuestros impulsos. Tememos que exista un poder que tenga derecho a inspeccionar nuestra alma. Somos lo que escondemos, somos lo que guardamos en un lugar al que a pocos dejamos asomarse, porque a nosotros mismos nos asusta en ocasiones. Encerramos bajo siete llaves de oro nuestros impulsos más heroicos y también nuestros afanes asesinos. Y ahí, en ese lugar terrible y celeste, vibra nuestro auténtico yo. Este es el horror: la anulación de la identidad por la existencia de un poder omnipresente.

Aprendimos de los griegos que somos individuos, mortales que se esfuerzan por saber quiénes son, que luchan contra su destino, pobres héroes armados de nuestra dignidad. Ahora, cuando el tiempo se deshace en un magma de incertidumbre, cuando los dioses se han refugiado en el Olimpo y el invierno hiela los huesos de los desahuciados, cuando no mandan los que más valen, sino solamente los que mandan, cuando el prestigio se mide en suscriptores de YouTube, “amigos” en Facebook o seguidores en Twitter, ahora es cuando, más que nunca, necesitamos sabernos nosotros, palparnos, reconocernos y mirarnos con orgullo al espejo. Por eso, la cuestión no es si la seguridad debe primar sobre la libertad o al contrario. No hay más que mirar los miedos colectivos que prefiguran Huxley, Orwell o Dick. No hay equilibrio posible y solo una meta aceptable: la seguridad debe tener como objetivo garantizar nuestra libertad. Solo así podremos saber quiénes somos. Solo así seremos ciudadanos capaces de convivir sin armas en la mano. Y entonces, tal vez algún día, el futuro mire con espanto las injusticias que hoy pasan ante nuestros ojos con la misma rapidez que las páginas de un periódico.

Si no es así, si apenas nos dejan saber quiénes somos, acabaremos dejando que otros nos lo digan. Y lo harán, seguro que lo harán. Es más, es bien posible que ya lo estén haciendo, incluso que lleven años haciéndolo. Y un buen día, cuando surja la amenaza adecuada, ya estaremos preparados para agachar la cabeza y entregar nuestra dignidad; como corderos ante el altar sagrado de los sacrificios.